

HISTORIA DE UN ESPÍRITU

Juan José de Soiza Reilly

—¿Quiere usted verlo?

Yo quería verlo. Sí... Yo quería contemplar por última vez el raro gesto de aquel artista que iban a fusilar. La agonía de un hombre de talento es un bello espectáculo que solo pueden comprender los poetas, los pájaros, los perros y las mujeres.

—¿Quiere usted verlo?

—Sí, quiero verlo.

Y lo vi... ¿Por qué lo vi? El reo estaba en el fondo de una pequeña pieza. Era la capilla. Una pieza muy triste, muy vacía, muy oscura, con un altar en el ángulo y un cura en el otro. Al entrar, el penado me miró cruelmente con la dulzura de sus ojos de santo. Me miró cruelmente... Tal vez con demasiada crueldad. Quizá con exceso de angustia... En silencio, le estreché ambas manos. ¿Por qué? Yo no sé. Pero, en silencio, le estreché ambas manos...

*

Era un hombre joven. Pintor de telas famosas, célebres, discutidas, expulsadas de todos los concursos. Tenía treinta

años. Y ese escaso montón de vida le pesaba tanto como su inteligencia, infectada de microbios de genio. Se adivinaba que el dolor y el placer le habían transformado el rostro en una extraña máscara de pena. Sus ojos llenos de bondad y su boca llena de amargura se unían en la complicidad de una sonrisa inmóvil. Inmóvil sonrisa que parecía de muerto. Cuando supo quién era, no me conoció. Hablamos de cosas frías y de cosas cálidas. Los astros nos hicieron decir frases triviales... Yo hablé del sol. Y él, a propósito del sol, se quejó de los muchos ratones que lo maltrataban en aquella habitación tan tenebrosa... De repente, sin que yo le hubiera preguntado nada, me dijo:

—¿Sabe usted por qué me matan?

Yo sentí un placer inmenso. Mi temperamento —mi temperamento sutil, tan refinado por las crueles asperezas de los hombres, y tan pulido por el dulce contacto de los animales— goza con lo imprevisto. Tengo médula de San Antonio. Acaso descendiendo de algún león africano, transformado por Merlín en hombre...

—¿Sabe usted por qué me matan?

Entonces, el asesino, ese pobre artista moderno, cuyos cuadros fueron siempre geniales porque tuvieron mucho de locura; ese valiente pintor de razas, de visiones, de espíritus; ese desdichado reo que iban a fusilar me contó un salvaje ensueño de pesadilla, de delirio, de fiebre, de histerismo. Uno de esos ensueños que suelen tener las mujeres hermosas cuando en las noches de verano duermen sobre el lado izquierdo de su pecho, con el seno oprimido y el corazón acalambrado...

Y me narró la historia de su pobre alma tísica. Alma nerviosa, epiléptica, loca...

Oíd:

*

—Nunca sentí gran apego a la vida. Vivir me pareció siempre la tontería menos útil al hombre... Me pareció la virtud menos necesaria. No obstante, yo estaba obligado a vivir para comprender la inutilidad de la existencia. Viví. Trabajé. Hice cuadros. Si ellos encierran algún mérito, es sin duda porque nadie comprende lo que valen ni lo que significan.

Lo mismo sucede en el mundo: el mundo dejará de ser una tienda de novedades, de bellezas, de joyas, cuando los hombres conozcan todo lo que él encierra. Cansado, pues, de la vida rutinaria, de la vida vagabunda y siempre igual, quise elevarme por encima de mi propio espíritu. Quise hacer algo nuevo. Algo digno de mi siglo. Algo estético. Algo bello... Quise sentir e interpretar sensaciones mejores. Nuevas... Quise gozar misterios invisibles. Pecados.

—Pero ¿y el crimen?

—Bueno: a eso voy... No diga el crimen. Diga el experimento de un alma rabiosa que revienta de sed y que se muere de hambre... ¡Me matan nada más que por eso!

¿Cómo?

*

—Sí. Instalé en el Retiro, cerca de los murallones, mi taller de pintor. Solicité en todas las formas modelos de seres hambrientos. Desfilaron muchos. Eran hombres. Mujeres, niños. El sexo me era indiferente. La edad también. Yo exigía únicamente que fueran flacos. Y negros. Muy negros... Pero no encontraba. Todos los modelos que se me ofrecieron eran opulentos de carne. De carne rubia, fresca, blanca, a pesar de que algunos no poseían nada más que el pellejo... Yo quería un cadáver viviente. Yo buscaba un espectro. O algo más: yo deseaba la sombra de una sombra... Quería componer mi último cuadro. Mi cuadro

estupendo. Póstumo. ¿Sabe usted lo que yo quería pintar? Yo quería pintar un alma colectiva. Un alma atormentada, infeliz, repleta de flaquezas, plagada de temblores, hinchida de vejeces, llena de oscuridades. Para eso necesitaba un cuerpo bastante horrible, bastante macabro, bastante artístico, que me sirviera de modelo. Y vinieron muchos. Muchos. Solo que ninguno era bueno. La procesión de esqueletos duró varios días. Por mi taller pasaron todas las flacuras, todas las escualideces, todas las carnes resacas de los conventillos, de los callejones, de los hospitales, de los manicomios. Pero no venía el modelo esperado... Por fin, una tarde concebí un proyecto encantador. Lo concebí ante un nuevo modelo recogido en la calle. Era un negro. Un viejo vagabundo. Un habitante de los arrabales. Un pastor de estrellas. Era un negro. Un negro mudo y flaco. Muy flaco. Espantosamente flaco. Flaquísimo... Pero no tan flaco como yo lo precisaba. Sin embargo me quedé con él...

¿He dicho a usted que era mudo? Sí... Mudo... Le faltaba la lengua. Hasta la raíz... Un cáncer. ¿Comprende? Era un negro delicioso. Ni siquiera podía gritar... Bueno. Acepté al negro. Lo llevé al fondo del taller, junto al gallinero. Lo até con fuertes sogas a un poste de ñandubay. Cerré todas las puertas... Preparé mi caballete, mis pinceles, en fin. Y me senté frente al mudo. Frente al horripilado. Yo esperaba... Y esperé así dos largos días. Tres días. Cuatro. Cinco... El negro se retorció como un toro, como un pez... Sus huesos rechinaban, crujían, crepitaban... Cada diez horas le daba un trozo de pan y un trago de agua con el objeto de que no se muriera. Yo quería llevar su flacura a un grado extremo, sin que su vida se apagara. Con un látigo apresuraba el enflaquecimiento de ese cuerpo marchito. El negro quería gritar. Pero ¿cómo? ¿Y el cáncer? ¿Dónde

tenía la lengua?... Créame; era una escena hermosa. Muy hermosa... Cuando pasaron ocho días, la espesa mota de mi modelo emblanqueció. Fue una tragedia silenciosa. Los dientes poco a poco se le fueron cayendo. Los ojos se le escaparon una pulgada de las órbitas. La columna vertebral se le torció. La boca se le acercó al estómago... Al décimo día mi modelo ya iba siendo aceptable... Preparé mis pinceles. Me coloqué a la expectativa. Esperando... Aguardando el supremo instante. Aguardando la mueca trágica. Ansiando la soñada flacura. El bello gesto final... cuando se le cayó el último diente de la primera pincelada... Era de noche... De improviso, como una fatalidad, un rayo de luna vistió de blanca luz el cadáver del negro... ¡Maldición! Un cadáver con mortaja de plata, no podía servir para mi cuadro... No pude hacerlo... Me tomaron preso... Ahora me van a matar con ocho tiros. ¡Qué muerte tan vulgar! ¡Qué vergonzosa muerte!... Yo merezco ser ajusticiado con la muerte del negro... Así, en mi propia agonía, en mi propia flacura, en mi propio dolor, hallaría fuerzas suficientes para copiar el alma neurasténica y maldita de mi generación...

*

Después sonaron los ocho tiros...

De *El alma de los perros* (1907)